



RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas

ISSN: 1577-239X

usc.rips@gmail.com

Universidade de Santiago de Compostela
España

Martín Cabello, Antonio; García Manso, Almudena
Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad
RIPS. Revista de Investigaciones Políticas y Sociológicas, vol. 10, núm. 2, 2011, pp. 73-95
Universidade de Santiago de Compostela
Santiago de Compostela, España

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=38021386005>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Construyendo la masculinidad: fútbol, violencia e identidad

Antonio Martín Cabello (antonio.martin@urj.es) y
Almudena García Manso

UNIVERSIDAD REY JUAN CARLOS

Resumen: Este artículo pretende explorar los vínculos entre la violencia en el deporte y la construcción de la masculinidad. En primer lugar, el artículo describe las principales líneas teóricas en el estudio sociológico del deporte y la violencia. En segundo, se bosqueja un perfil del aficionado violento medio y de sus principales características. Y, finalmente, se explora la relación entre la masculinidad y la violencia en el fútbol usando las herramientas analíticas del paradigma feminista, para considerar como la violencia en el deporte ayuda a construir la identidad masculina. El artículo finaliza enfatizando los vínculos entre la violencia, el deporte y la reducción de las estructuras patriarcales.

Palabras clave: Cultura, Género, Identidad, Sociología del Deporte, Violencia.

Abstract: *This paper tries to explore the links between sport violence and the building of masculinity. Firstly, the papers describe the main theoretical frameworks in the sociological study of sport and violence. Secondly, a profile of the average football hooligan and of its main characteristics is sketched. And, finally, the relation between masculinity and football hooliganism is explored using the analytics tools of feminist paradigm in order to consider how sport violence helps to build the masculine identity. The paper concludes remarking the links between violence, sport and the decreasing of patriarchal structures.*

Key-Words: Culture, Gender, Identity, Sociology of Sport, Violence.

1. Introducción

Fútbol y violencia son dos términos que se asocian habitualmente, tanto en los medios de comunicación como en la vida cotidiana. No es tan habitual, sin embargo, asociar el fútbol, tanto su práctica o su disfrute como espectador, con la masculinidad y la construcción de las identidades de género. Sin embargo, el deporte con su enorme potencial socializador está profundamente relacionado con la construcción de las identidades personales y con cómo estas se ligan con la estructura cultural del entorno en que se socializan los individuos.

La sociología del deporte, tras un primer momento de relativo olvido, ha tenido una gran expansión, como no podía ser menos teniendo en cuenta que es un fenómeno que mueve a millones de personas en todo el planeta (Dunning, 1971; García Ferrando y Lagardera Otero, 2009). El fútbol, uno de los deportes más populares a

nivel mundial, también ha sido objeto de estudio por parte de la sociología (Finn y Giulianiotti, 1999; Giulianiotti, 1999; o Mafud, 1967) o, más genéricamente, de las ciencias sociales (Alabarces, 2000; o López Herrerías, 1977). En este caso, nos interesa en concreto un aspecto del fenómeno futbolístico: la violencia que practican algunos de los seguidores o practicantes de este deporte, bien de los denominados hooligans (Armstrong, 1998; Williams, Dunning y Murphy, 1988 y 1989) o de simples aficionados que, en momentos puntuales, pueden ejercer la violencia en relación a este deporte. Y nos interesa especialmente porque el deporte es un mecanismo socializador de primer orden, que se practica especialmente y de un modo más generalizado durante la infancia y la juventud –aunque, obviamente, después se pueda mantener su práctica o pueda seguirse como aficionado a lo largo de toda la vida–, y que, por tanto, tiene un peso decisivo en la configuración de las identidades de género.

El artículo en primer lugar describe las principales líneas teóricas en el estudio sociológico del deporte y la violencia. Aquí se hará especial referencia a las tres grandes tendencias que han delimitado esta área de investigación: la Escuela de Birmingham, la Escuela de Oxford y la Escuela de Leicester. Cada una presenta matices diferenciales, pero todas muestran un interés común por explicar los orígenes y el desarrollo de la violencia asociada al deporte. Se recogen también algunas aportaciones tardías, que tratan de describir el fenómeno utilizando estrategias con un carácter más cuantitativo y analítico. Más tarde, se bosqueja un perfil del aficionado violento medio y de sus principales características. Y, finalmente, se explora la relación entre la masculinidad y la violencia en el fútbol usando las herramientas analíticas del paradigma feminista, para considerar como la violencia en el deporte ayuda a construir la identidad masculina. Se describen los arquetipos de la masculinidad hegemónica y como estos encuentran acomodo en determinadas áreas de la vida social, en especial en el mundo del fútbol. El artículo finaliza enfatizando los vínculos entre la violencia, el deporte y la reducción de las estructuras patriarcales.

2. Teorías sociológicas sobre la violencia en el deporte

La violencia en el deporte, con especial referencia al fútbol como “deporte rey”, ha sufrido diferentes interpretaciones sociológicas. Estas se han desarrollado sobre todo a partir de los años cincuenta del siglo pasado, ya que a partir de ese momento el fenómeno adquirió relevancia específica. Con esto último, obviamente, no se pretende afirmar que el fútbol y otros “deportes de combate” no generaran violencia antes de esa fecha, pero sí que esa violencia no revestía la etiqueta de “problema” que se le ha conferido posteriormente. La construcción de la imagen del hooligan, como veremos más adelante, está fundamentada en una interpretación de la conducta considerada socialmente aceptable en los espectáculos públicos y, en buena medida, en la reconfiguración de la identidad masculina durante ese periodo.

En este punto, y antes de proseguir, consideramos que no debemos entrar a valorar el relativo olvido del deporte dentro de la corriente sociológica principal, como recuerdan Elias y Dunning (1992); aunque es necesario tenerlo en cuenta para comprender la tardía aparición de teorías explicativas sobre el fenómeno dentro de la sociología. No obstante lo anterior, la sociología ha desarrollado un corpus teórico que ya arroja cierta luz sobre el fenómeno y nos permite comprenderlo y valorarlo más allá de las interpretaciones basadas en descripciones unifactoriales o, simplemente, en interpretaciones de sentido común.

Ian Taylor (en Dunning, 1971; y en Cohen, 1971) realizó un estudio temprano sobre la violencia en el fútbol, en el que mantenía que esta es reflejo de la resistencia de los aficionados tradicionales a la modernización y a los cambios en el sistema capitalista. La violencia era muestra de la oposición que los aficionados ejercían ante los cambios que la mercantilización estaba impulsando en el mundo del deporte. Aunque Taylor no pertenecía a la Escuela de Birmingham, el análisis que realizó es la base de los estudios de esta última sobre la violencia y el fútbol. La Escuela de Birmingham es pionera en la investigación de la relación del deporte con la cultura popular, en especial con el fútbol. El fenómeno de la violencia ha sido interpretado como parte constitutiva de la cultura de la clase obrera británica y, como tal, ha sido objeto de estudio la violencia en el fútbol, una de sus expresiones.

Chas Critcher analizó el fútbol como expresión de la cultura popular, en concreto de la cultura de la clase obrera británica. Mantenía que los valores tradicionalmente encarnados por el fútbol coincidían con los de la clase obrera hasta la Segunda Guerra Mundial. “Los valores centrales del juego como deporte profesional –masculinidad, agresión, énfasis físico, victoria e identidad regional–, están engranados firmemente con su relativamente homogénea (y dominada por hombres) cultura de clase obrera con su red de organizaciones a pequeña escala y mecanismo de apoyo: clubes de hombres trabajadores, esquemas de aseguramiento mutuo, cooperativas, *pubs*, sindicatos, y una miríada de grupos de tiempo libre” (n.d.: 1).

Posteriormente, John Clarke (1973) investigó la relación de la subcultura obrera, de la que el fútbol es parte, con los *skinheads*, la subcultura juvenil más relacionada con la violencia en el fútbol. Coincide con Critcher al señalar que hasta la Segunda Guerra Mundial, los valores centrales del fútbol coincidían con los valores de la clase obrera. Estos valores concordantes era básicamente: a) la emoción, ya que el fútbol produce la excitación y emoción que la rutinización de la vida diaria ha negado a los trabajadores industriales; b) la habilidad física, ya que el fútbol está basado básicamente en la habilidad, destreza y fuerza física al tratarse de un conflicto físico, lo que enlaza con los valores de masculinidad y virilidad de la clase obrera que, por otro lado, no ve la violencia como algo problemático, aunque existan límites para la

violencia considerada “normal”; c) la identidad local, fundamentada en la comunidad y la asistencia mutua, era importante para la clase obrera y el equipo de fútbol estaba localizado en un terreno local, siendo la estrella del equipo habitualmente un joven de su misma clase e identificado con la misma; y d) la victoria, ya que la vida de los obreros era una vida de dominación y de ordenes por parte de “ellos”, de los jefes, siendo el fútbol un modo de ganar en el que no cuenta la clase social, sino la fuerza y habilidad física. En este último sentido, la frase de la clase media: “es sólo un juego”, no tiene valor para la clase obrera, que ve en el fútbol una vía de escape de su rutinaria vida diaria.

Pero los cambios en los años de posguerra, a saber, la profesionalización, internacionalización y comercialización del fútbol provocaron que el deporte se abriera a clases más amplias, preferentemente a la clase media. Se produjo así un cambio el tipo de espectador que asistía al partido de fútbol. “El aficionado genuino ya no era más el trabajador tradicional, que ve como en el partido del sábado está unida su fortuna intrincadamente con la de su equipo y que participa activamente en el juego; en su lugar apareció el consumidor racional y selectivo de entretenimiento, que juzga objetivamente el fútbol desde su asiento en las gradas” (Clarke, 1973: 6). Se estableció así una dicotomía entre el fan, de clase obrera, y el espectador, de clase media.

Los fenómenos de violencia y hooliganismo deben ser vistos desde esta dicotomía y desde la situación de clase de los actores implicados. Así, la subcultura *skinhead* forma parte de esta relación conflictiva de clases, que muestra su mayor virulencia en los terrenos de juego. El hooligan es un problema a partir de los años sesenta, porque antes su comportamiento era considerado aceptable al ser un deporte de y para la clase obrera. La conducta normal se transformó en conducta desviada cuando se incorpora la clase media al mundo del fútbol, estereotipándose al fan de clase obrera como un hooligan.

En la misma época que ocurrían estos cambios en el mundo del fútbol, la comunidad tradicional de clase obrera sufrió transformaciones importantes, siendo la más destacada su ruptura y la pérdida de los lugares de reunión comunal. Sin embargo un lugar permaneció: el campo de fútbol. El movimiento *skinhead* surgió de estos cambios en la estructura de la clase obrera, como una reacción defensiva, y se constituyó en una defensa de la cultura tradicional de la clase obrera, si bien en forma de una “recreación estilizada de la imagen de la clase obrera” (1973: 13). En este sentido, los *skinhead* se concentraron en el lugar de reunión tradicional el sábado de la clase obrera: el estadio. En definitiva, “el hooliganismo del fútbol debe, por tanto, ser visto no sólo como un intento de defender el fútbol para la clase [obrero], sino como un reflejo micro-cósmico de un intento de defender la cultura [obrero] contra la usurpación de la burguesía” (1973: 13). Posteriormente, el movimiento *skinhead* se

auto-regeneró mediante la interacción con otros grupos *skinhead*, en áreas comunes, y a través de su imagen en los medios de comunicación, lo que reforzó el estereotipo tanto entre ellos mismos como entre la población en general.

En la Universidad de Oxford, otro grupo de investigadores se centro en el análisis de los grupos violentos en el fútbol. Peter Marsh, Elizabeth Rosser y Rom Harre en su obra *The Rules of Disorder* (1978), realizaban una investigación sobre los hinchas violentos que partía de posiciones diferentes a las de la Escuela de Birmingham. Para ellos, si bien la violencia es un hecho cierto, no deja de estar organizada estructuralmente. Se atiene a normas que cumplen sus practicantes, los hooligans, y que suelen chocar con las normas de la cultura dominante. Así, el papel de la violencia es muy diferente: un valor positivo muestra de virilidad y valentía para los aficionados violentos, un valor negativo muestra de los más bajos instintos para la cultura dominante.

Además, este estudio concluye que buena parte de esta violencia visible en los estadios posee un carácter más simbólico que real, en forma de cánticos, insultos, “contar batallitas” dentro del grupo, etc. La violencia en los estadios de fútbol es contemplada como una forma ritualizada, una forma de reconducir los instintos violentos presentes en esos individuos dentro de los cauces formales que marca la vida social. La violencia es contenida mediante el impulso eficaz de las relaciones sociales codificadas.

En un análisis realizado en España, Pere-Oriol Costa, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea (1996) investigaron las subculturas juveniles, en especial a los *skinheads*, centrándose especialmente en los aspectos rituales y comunicativos de su actuación –aunque, sorprendentemente y como ha puesto de manifiesto Enrique Gil Calvo (1997), sin citar el trabajo de Marsh, Rosser y Harre al que tanto debe su perspectiva–. Su identidad se manifestaba en el aspecto o estilo, en el uso del tiempo y, especialmente, en el del espacio. El espacio propio de esta subcultura resultó ser, más bien continuar siendo, el campo de fútbol. “El estadio de fútbol representa para el *skin* un lugar prototípico, ya que pertenece a ese selecto círculo de lugares especiales en donde *lo que se es* y *lo que se hace* resulta dotado de un significado especial, como si todos los detalles fueran allí a ampliarse y a cobrar un sentido más fuerte y denso” (1996: 167). En el campo de fútbol, los comportamientos de estos aficionados violentos se caracterizaban por ser un modelo para la afición radical, recluida en un territorio dominado por los *skin*; por el hecho de que no prestaban atención al partido en curso; y por la existencia de una fuerte organización interna: vestuarios, grupos, jefaturas, etc. En definitiva, estos grupos –aparentemente de actuación caótica– vivían sumidos en una realidad llena de normas y ritos y representaban un papel dentro del escenario en el que actuaban.

Posteriormente, Bernardo Bayona Aznar también ha realizado un análisis de la violencia en el fútbol en clave ritual-simbólica que debe mucho a la perspectiva expuesta. Piensa que “las acciones de los ultras siguen pautas fijas y comunes en todos los estadios, según un esquema que, una vez conocido, permite anticiparlas, porque son repertorios coordinados, estables y permanentes” (2000: 159). Estos repertorios son sobre todo codificaciones simbólicas de la conducta violenta, que adquiere más un aspecto ritual que real. El aficionado violento se expresa, por tanto, mediante una teatralización de la violencia; teniendo en cuenta que esta “violencia teatral tiene mucho de metáfora de la guerra, de puesta en escena, en la que la masacre y la destrucción del otro no es real sino ritual y la derrota consiste en contar después la humillación” (2000: 161).

Eric Dunning y Norbert Elias, desde la llamada Escuela de Leicester, en su obra clásica *Deporte y ocio en el proceso de la civilización* (1992), interpretaron la violencia en el fútbol –utilizando presupuestos no marxistas–, como una expresión de la dinámica “yo-ellos”. Partieron del esquema de Elias sobre el proceso civilizatorio, es decir, el proceso mediante el cual “la norma social de conducta y sentimientos” ha ido cambiando. Este proceso ha supuesto que “la reglamentación de la conducta y los sentimientos se volvió más estricta, más diferenciada y abarcadora, pero también más equilibrada y moderada, pues eliminó los excesos del autocastigo e indulgencia” (1992: 33).

El deporte no escapó de esta dinámica, ya que se convirtió en un medio para encauzar los instintos humanos en un modo no violento de expresión. En este sentido, es expresión el proceso de civilización. La causa de este papel del deporte radica en que “los humanos, por lo que puedo observar, aparte totalmente de la placentera emoción-excitación del sexo, necesitan otras clases de excitación agradables, que la emoción de la batalla es una de ellas y que, en nuestra sociedad, una vez establecido un alto nivel de pacificación, ese problema lo han resuelto en cierta medida las batallas miméticas, las cuales, representadas a modo de juego en un contexto imaginario, son capaces de producir esa agradable emoción de los combates reales con un mínimo de daño para los seres humanos” (1992: 77).

La guerra y los instintos violentos del ser humanos son encauzados mediante el deporte. Asimismo, éste se convierte en un vehículo ideal para, por un lado, reforzar la dinámica nosotros-ellos, tan importante para la cohesión social de los grupos. Y, por otro, son un medio ideal para que los individuos se socialicen en las virtudes militares clásicas: obediencia, valor, entrega desinteresada, audacia, etc. En el deporte se combinan elementos racionales e irracionales, de placer y de dolor, aspectos propios de la naturaleza del ser humano que encuentran expresión en el mismo.

La función primaria del deporte, por tanto, sería la de encauzar los instintos violentos. Función que se complementa con la de proporcionar “emoción” al hombre

civilizado, ya que el proceso de civilización si bien aporta planificación y reducción de la incertidumbre, supone al tiempo un gran “desgaste mental” para los seres humanos a los que se exige altas dosis de autocontrol en su vida diaria. “En esta sociedades, mientras, por un lado, las rutinas de la vida, sea pública o privada, exigen que la gente sepa contener con firmeza sus estados de ánimo y sus pulsiones, afectos y emociones, por el otro, las ocupaciones durante el ocio permiten por regla general que éstos fluyan con más libertad en un espacio imaginario especialmente creado por estas actividades, el cual en cierto modo trae a la memoria aspectos de la realidad no recreativa” (1992: 57).

En otras palabras, el deporte (entre otras actividades de ocio), sería un paliativo para las presiones mentales que el proceso de pacificación y civilización proyecta sobre los seres humanos. El deporte sería una actividad “mimética” que lleva a un terreno “imaginario” conflictos que producen una excitación en las personas, como puede ser la lucha o la batalla. Por ello, la aparición del deporte como paliativo de la lucha supone un avance civilizatorio, al reducir la violencia real y sustituirla por una violencia imaginaria. Es posible, por tanto, definir el papel del deporte diciendo que “la mayoría de los deportes entrañan un factor de competitividad. Son competiciones que implican el uso e la fuerza corporal o de habilidades no militares. Las reglas que se imponen a los contendientes tienen la finalidad de reducir el riesgo de daño físico al mínimo” (1992: 31).

En este sentido, la violencia en el deporte sería un fenómeno directamente ligado a la propia constitución del mismo. El deporte sublima la violencia, pero no la hace desaparecer. La violencia que algunos grupos ejercen en torno al mismo sería tanto una ruptura de las reglas que intentan civilizar el conflicto, como la expresión de ciertos colectivos que necesitan ir más allá de las emociones formalizadas que proporciona. Grupos que, sin embargo, no rompen completamente con esa formalización, ya que siguen ligados a la misma. Se encuentran, en consecuencia, en una situación liminar, ni totalmente integrados en el deporte ni sumidos en una situación real de violencia como en una batalla o un combate abierto.

Más recientemente, el sociólogo italiano Antonio Roversi, uno de los mayores especialistas en el fenómeno de la violencia deportiva, mantiene que es necesario definir de un modo más preciso lo que es el *fooball hooliganism*, para evitar confundir el fenómeno con otras pautas asociadas al juego. Por hooliganismo entiende “el conjunto de actos violentos llevados a cabo por grupos organizados de jóvenes aficionados, tanto fuera como dentro del estadio, en perjuicio de análogos grupos rivales” (2000: 75). Esta definición tiene ventajas como la de permitir una definición sociológica más precisa del colectivo estudiado. De hecho, sus estudios han permitido dibujar un perfil más específico del ultra y compararlo transnacionalmente. Sin embargo,

limita el campo de análisis ya que impide estudiar la violencia realizadas respecto a colectivos no implicados en el fútbol o estudiar sus vínculos con la cultura o la política circundante. En definitiva, esta forma de actuar no busca relaciones estructurales con la sociedad o la cultura.

Javier Durán González (1996) ha analizado el fenómeno, estableciendo un perfil sociológico del hincha radical en nuestro país utilizando datos oficiales de la policía y de la Comisión Nacional contra la Violencia en los Espectáculos Deportivos. Para este autor, el hincha radical en España se caracteriza por ser hombre (son un 85% en los desplazamientos a otros estadios), aunque se detecta un ligero aumento en la presencia femenina; y por ser un colectivo joven, ya que posee una edad media comprendida entre los 16 y los 25 años.

Tras ese ligero análisis de los ultras, afirma que “el fenómeno de los hinchas radicales en el fútbol es fundamentalmente una nueva versión del gamberrismo y pandillismo adolescente en torno a un espectáculo que les garantiza enorme repercusión social y una dosis semanal de emociones y riesgos controlados” (1996: 63-64). El origen de este fenómeno habría que situarlo, según Durán González, en la confluencia de tres factores que influyen en el proceso socializador. En primer lugar, la relación marcada entre la dureza del entorno afectivo y familiar con la violencia. En segundo lugar, un “universo mental enormemente reducido”, que es suplido con la notoriedad que les proporciona su papel en los estadios de fútbol. Y, por último, el carácter de familia alternativa que tiene el grupo de iguales, es decir, de refugio antes los problemas que no es capaz de afrontar la familia.

3. Perfil del aficionado radical o violento en el fútbol

Es posible construir a partir de las investigaciones citadas, de un modo muy sintético, una imagen arquetípica del aficionado violento o hooligan. En primer lugar, los estudios muestran que la violencia en el fútbol es practicada, sobre todo, por varones, jóvenes y de clase baja. Todos los autores coinciden al señalar que la violencia es ejercida mayoritariamente por jóvenes de clase obrera depauperada (*working class*, *lower working class* o *rude working class*). En segundo lugar, los estudios muestran que estos jóvenes buscan la violencia como un “fin en sí mismo”, dando al juego una importancia secundaria. El fútbol es más un contexto para la violencia que la causa de la misma. Finalmente, el fútbol es un reducto del “machismo” más clásico, siendo una fortaleza de la masculinidad entendida bajo la denigración de la homosexualidad o la sumisión de la mujer.

También es necesario resaltar la naturaleza social y, por tanto, organizada del fenómeno, hecho del que existe una amplia evidencia empírica. Por un lado, la violencia tiene un carácter marcadamente ritual, ya que toda acción humana –incluso la

más reprobable–, está encarnada simbólicamente. La vestimenta, el uso del espacio, los cánticos, etc., son parte de un elaborado ritual “de batalla”, que presenta similitudes notables con los ritos guerreros, tanto en los pueblos preindustriales como en los ejércitos actuales.

Y, por otro lado, esta violencia está organizada socialmente, puesto que dentro de los grupos violentos existe una organización social compleja, una distribución de roles y una jerarquía que se refleja en la distribución espacial del grupo, en la constitución de organizaciones formales (muchas veces, aunque de un modo soterrado, apoyadas por los propios clubes de fútbol), en el uso de medios de comunicación complejos (revistas, panfletos, Internet, etc.) o en la organización de las marchas y viajes. Por último, no deben soslayarse las conexiones de estos grupos con la estructura general del mundo futbolístico: con los clubes, con la policía con la que se mantiene fuertes vínculos estructurales o con los múltiples negocios que rodean este deporte.

4. La aparición de los *men's studies*

El movimiento feminista desde la década de los años 70 del pasado siglo comenzó a elaborar una serie de estudios sobre las mujeres –*women's studies*– que fueron el pilar básico en la conformación y empeño intelectual del feminismo y los estudios de género actuales. Posteriormente, y vista la satisfacción y necesidad académica de este tipo de estudios, surgen en el ámbito académico norteamericano y después en el europeo los *men's studies*, estudios sobre la masculinidad (Weeks, 2002). Estos estudios centrados en la masculinidad, y su condición como construcción socio-cultural y de poder, pretenden comprender a la masculinidad desde una perspectiva académica; sin perder por ello el compromiso político antisexista (Segal, 1990) y el deseo de romper con el paradigma universal de la masculinidad única. Esta disolución del universal masculino, junto con la lucha política antisexista y la pretensión de demostrar, desde el ámbito académico, la maquinaria socio-cultural que construye a las identidades y subjetividades de género, nos permite observar ciertos paralelismos con los *women's studies*.

Las primeras conceptualizaciones sobre género datan de la década de los años 50 del siglo XX. Fueron realizadas desde la psiquiatría y el psicoanálisis de la mano de Money y Stoller, los cuales efectuaron distinciones entre los conceptos de sexo y de género, considerando a este último como lo derivado de los comportamientos esperados de una persona en función de su sexo biológico. Posteriormente y dejando a un lado el determinismo biológico anterior –donde género, sexo, sexualidad y cuerpo formaban parte de una insondable correlación y construían una identidad femenina y masculina producto únicamente de esa correlación –, a principios de la década de los

80, en una sociedad plenamente industrializada, capitalizada, consumista e inmersa en el mundo de las comunicaciones, se producen nuevos avances en lo referente a las conceptualizaciones sobre la construcción de lo femenino y lo masculino.

Es en este momento cuando se comienza a introducir los primeros estudios sobre masculinidad. Surgen de forma general desde las ciencias humanas y sociales con los estudios de género que intentan teorizar cómo se estructura la construcción cultural de la diferencia sexual. En este sentido, el género “pasa a ser una forma de denotar las construcciones culturales, la creación totalmente social de ideas sobre los roles apropiados para mujeres y hombres. Es una forma de referirse a los orígenes exclusivamente sociales de las identidades subjetivas de hombres y mujeres. Género es, según esta teoría, una categoría social impuesta sobre un cuerpo sexuado” (Scott en Amelang, 1990: 92).

El género como construcción cultural es flexible y cambia a la par que lo hace la sociedad o el momento histórico que acoge al individuo “generizado”. Es un componente clave para el establecimiento de las relaciones sociales y las estructuras de poder social. “El género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales fundadas sobre las diferencias percibidas entre los sexos; y el género es un primer modo de dar significado a las relaciones de poder (...) implica cuatro elementos: los símbolos culturalmente disponibles que evocan representaciones simbólicas, los conceptos normativos que pone en evidencia las interpretaciones de los símbolos (...), la construcción a través del parentesco, la economía y la organización política, la construcción de la identidad subjetiva. El género es un primer campo, a través del cual, en el seno del cual, o por medio del cual, el poder es articulado” (Scott en Amelang, 1990: 94).

Las definiciones y conceptualizaciones sobre género y sobre el sistema sexo-género son multidisciplinarias y están sujetas a los distintos periodos sociohistóricos en el que tienen lugar. Hablar de lo masculino y lo femenino desde una perspectiva de género nos conduce a la idea de un género voluntarista, pero influenciado por su contexto socio-cultural inmediato. Las culturas construyen los modos de ser mujer y ser hombre, a lo que hay que añadir la voluntad propia del sujeto a sentirse y construirse como subjetividad e identidad genérica. Esta connotación voluntarista de la conformación del sujeto genérico está muy ligada a la tesis expuesta por Simone de Beauvoir (2005) “la mujer no nace, se hace”; extendiendo desde los *men's studies* esta afirmación a la construcción del varón.

5. La masculinidad hegemónica y los arquetipos tradicionales

La masculinidad como tema de análisis en los estudios de género expone y aporta a la teoría de género los siguientes aspectos indicados por Connell (1995): la existencia de múltiples construcciones del género dependientes de las diversas culturas

y momentos históricos. Por ello, existen multitud de formas de manifestación de la masculinidad incluidas en cada una de esas culturas. En cada una de ellas existe un ordenamiento jurídico de las masculinidades, con un modelo hegemónico que vehicula el poder de género. Este poder puede o no cristalizarse en la forma de masculinidad más frecuente de esa sociedad. Las diferentes formas de masculinidad, y sus representaciones, son generadas y mantenidas por los grupos sociales, las instituciones y los individuos de una colectividad o sociedad determinada. Las masculinidades han sido construidas por una sociedad determinada, son producto de la interacción social y éstas, las masculinidades, son fundadas a partir de las estrategias y recursos disponibles. Los diferentes tipos de masculinidad no derivan de situaciones o estados homogéneos e inalterables, sino que proceden de la contradicción provocando tensiones entre los deseos de los sujetos y las prácticas. Debido a que las masculinidades devienen de procesos históricos, y por ello susceptibles al cambio y la fluctuación, éstas pueden ser reconstruidas por otros procesos de género e interacciones sociales.

A su vez se pretende describir cómo las estructuras del orden de género conforman una serie de masculinidades, masculinidades referidas a unos roles, arquetipos, estereotipos y poderes sociales determinados, concebidos en oposición con la feminidad; aunque esa oposición no siempre sea tal, sino que se complementan o se intercambian en función de la sociedad y cultura en cuestión. Esta no homogeneidad en lo referente a la cristalización de las masculinidades y la confección de una masculinidad hegemónica responde a las desestabilizaciones que acontecen en las relaciones del sistema sexo-género en cada una de las sociedades y en concreto en la actualidad.

En este sentido, se ha de mencionar que siempre se ha hecho una clara referencia a la existencia de un patrón más o menos universal de la masculinidad –así como de la feminidad–, patrón que responde a los procesos de socialización y educación de los sujetos sociales, es decir, del cómo la sociedad ha enseñado a los sujetos varones a ser verdaderos hombres (Ramírez, 2002: 43). Volviendo a la universalidad de lo masculino y a su construcción como procesos de relación entre estructuras sociales, prácticas y experiencias adquiridas por los individuos a lo largo de su existencia, Connell (2003: 113) distingue tres esferas de poder íntimamente relacionadas con la masculinidad: prácticas productivas que se corresponden a la división sexual del trabajo, prácticas de poder ligadas a las acciones y ejercicios que hacen posible la subordinación de las mujeres y la adquisición de una posición de dominio por parte de los varones, y *catexis* o *cathesis* que se corresponden a las prácticas sociales que incluye toda acción relacionada con los vínculos emotivos y el deseo sexual socialmente estructurado.

Pero al igual que sucedió en los estudios sobre la mujer –donde la identidad femenina y el *ser mujer* no corresponde a una identidad homogénea, sino que es

múltiple, variada y cambiante–, la identidad masculina corresponde a un plural no homogéneo de identidades masculinas. A esos componentes homogéneos o esferas de poder y acción –diferenciadas por Connell (1995 y 2003)– se les incorporan otros elementos fundamentales de las relaciones sociales, designados por Seffner (2006), como son la clase social, la raza, la etnia, el género, la religión, la nacionalidad, el lugar de residencia y la generación entre otros. Aún sabiendo que existen muchas singularidades y significados en torno a las masculinidades, los sujetos varones –en la mayor parte de las culturas de corte patriarcal y en occidente– han sido socializados con rasgos comunes que han constituido ideales, referentes o rasgos y características deseables representadas por las masculinidades hegemónicas (Rodríguez, 2003).

Derivados de la esfera productiva nos encontramos una serie rasgos referidos a las actividades y tareas del sistema estructurado genéricamente de producción, consumo y distribución. En este sistema es el varón quien desempeña en la mayoría de las civilizaciones el papel de cazador, encargado de la manutención de los integrantes de la familia, de las actividades propias del ámbito público, del trabajo remunerado, de la capacidad como marido para mantener a los miembros del clan familiar y del control de la sexualidad de la mujer, actividades que se cristalizaban en signos de virilidad (Gilmore, 1994). Esta esfera de poder corresponde a “los hombres, situados en el campo de lo exterior, de lo oficial, de lo público, del derecho (...) a realizar todos los actos peligrosos y espectaculares (...) por el contrario las mujeres al estar situadas en el campo de lo interno (...) se les adjudican todos los trabajos domésticos, es decir, privados y ocultos, prácticamente invisibles o vergonzosos, como el cuidado de los niños y de los animales (...) están condenadas a dar en todo momento la apariencia de un fundamento natural a la disminuida identidad que les ha sido socialmente atribuida” (Bourdieu, 2000: 45). Que los varones culturalmente sean identificados con las atribuciones propias de la vida pública, la producción, el trabajo remunerado, la manutención de la familia viene a ser uno de los elementos que la masculinidad ha legitimado.

La esfera de poder es aquella que hace mención a la legitimación de la masculinidad como identidad de autoridad. Es por ello por lo que se identifican los espacios controlados por aquellos que poseen estos rasgos y se vinculan con el varón. Esta idea de dominación posee un carácter estructural que hace de la masculinidad y su relación con los espacios de poder la cristalización del sistema patriarcal y el androcentrismo. Las relaciones de poder son legitimadas en las relaciones entre géneros, en éstas relaciones existen una categorización y jerarquía que confiere la situación de poder a aquellos que poseen una situación más agraciada en los escenarios públicos, en la capacidad de manutención, en la agresividad y fuerza entre otros rasgos propios de la esfera anterior. Este panorama de jerarquía y poder, denominado por Connell

como dividiendo patriarcal, hace posible la construcción de las identidades masculinas basadas en las relaciones de género desiguales; lo cual permite que los varones tengan un mayor acceso a recursos tales como son la autonomía personal, el cuerpo, la sexualidad, las relaciones con otros/as, la posición familiar, laboral y social. Este acceso desigual a los recursos genera en las masculinidades una fuerte vinculación con roles sociales ligados a actividades y comportamientos violentos, dominantes, sexualmente activos, comunitarios y gregarios, institucionales, ligados al ejercicio físico y la capacidad intelectual entre otros, pero sobre todo incluye aquellas actividades y comportamientos vinculados con su papel en el Estado, en la familia y para con las normas sociales establecidas (Tjeder, 2009).

La esfera de *catexis* o *cathesis* al tratarse de las actividades procedentes de la relación entre el sujeto y su dimensión emocional y erótica-sexual, no se vincula tanto a lo biológico, como es el caso de las anteriores esferas, sino que está ligada enteramente a las estructuras sociales, traduciéndose en los deseos, metas, aspiraciones y sentimientos propios de la naturaleza de un varón y conferidos por las normas sociales, por ello lejanos de la esfera privada y cercanos a la esfera pública. Estos sentimientos están en conexión con las actividades de las esferas de poder y las de producción, donde la hombría es sinónimo de ocultar las emociones. Ejemplo de ello radica en la idea de que los hombres no deben llorar o que la demostración de esa hombría es poseer un deseo sexual activo, lejano a la esterilidad y de dominación erótica (McLaren, 2010).

Estos rasgos de la masculinidad designados como universales son propios del sistema de poder social patriarcal, definido por los estudios feministas como aquel sistema de subyugación femenina y poder masculino. Aún existiendo estos rasgos homogéneos o generales definitorios de las masculinidades, no es posible hablar de un universal masculino. Se ha de considerar que las relaciones sociales donde emergen las relaciones de género son cambiantes y están influidas por factores exógenos y endógenos diversos y heterogéneos según la cultura, el momento histórico y la sociedad. La masculinidad se puede definir cómo la posición en las relaciones de género y en las prácticas por las cuales los hombres y mujeres se comprometen con una posición de género, prácticas que producen unos efectos en la experiencia corporal, en la personalidad en la cultura y en las relaciones de poder. Relaciones que no sólo se articulan en función del otro femenino, sino que se articulan en efecto combinado con los demás sujetos que le rodean, incluyendo en la conformación de las masculinidades a la raza, clase social, edad, ocupación laboral, grupo de pertenencia, ideología política, origen, etc. Estos irán modificando la idea de una masculinidad hegemónica, siendo ésta una posición continuamente disputable; puesto que la hegemonía corresponde a una circunstancia o situación que surge en un momento determinado,

pero consolidada en cuanto al ejercicio del poder y la dominación. “La configuración de prácticas de género que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema de la legitimación de la patriarquía que garantiza (o busca garantizar) la posición dominante de los hombres y la subordinación de las mujeres” (Connell, 1995: 77).

Dentro de la conformación de la masculinidad hegemónica se ha de destacar la importancia que tiene la constitución de espacios de identificación o rechazo. En estos espacios se encuentran diversos rituales y símbolos que configuran los modelos de masculinidad y el marco de las relaciones homosociales que los conforman. En ocasiones estos marcos generan ambigüedades, que provocan desplazamientos en las identidades masculinas. Es en este sentido cuando la masculinidad hegemónica entra en conflicto y crisis, construyendo nuevas masculinidades dependientes e independientes de los arquetipos y estereotipos clásicos y tradicionales ligados a las tres esferas de poder descritas por Connell.

Resumiendo y abundando sobre la constitución de las identidades masculinas, se ha de hacer hincapié en la existencia de una base consolidada que dibuja la masculinidad hegemónica. Esta base se fundamenta en las esferas de poder (Connell 2003 y 1995) y las actitudes, rasgos de personalidad y acciones que en ellas tienen lugar y son propias de los varones, confirmando los arquetipos clásicos y los estereotipos tradicionales de un varón de corte patriarcal, a enumerar: poder sobre el cuerpo, fuerza física y la importancia del cuerpo –en la teoría de los arquetipos de C. G. Jung (2003) se relacionaría con el arquetipo divino del dios Ares, identificado como el amante y guerrero–; actividad prolixa sexual, virilidad, seducción y dominación sexual, puesto que el varón es el padre, esposo, progenitor y posee el dominio sobre la sexualidad de la mujer –en este sentido estos rasgos serían propios del arquetipo divino del dios Zeus-Júpiter, el patriarca y creador–; trabajo remunerado, productor, cazador y guerrero; actividad pública, poder, gobierno, capacidad colectiva y grupal, identidad colectiva, creación de rituales y signos, constitución de normas y reglas de acción y comportamiento; y ejercicio de la violencia, dominio, colonizador, relacionado con la victoria, el triunfo y la razón.

Estos rasgos no sólo son compartidos por los arquetipos masculinos descritos por Jung (2003) y cristalizados en nueve dioses tales como Ares (el guerrero y amante), Hades (controlador y manipulador), Hermes (mensajero de los dioses), Zeus-Júpiter (el patriarca), Poseidón (violento, emocional y voluptuoso), Dioniso (ligado a los placeres terrenales, sexual y lúdico), Héfeso (creador y trabajador) y Apolo (noblez y belleza); sino que son propios de los arquetipos descritos por Moore y Gillette (1993) y que se corresponden a las figuras de el rey, el mago, el guerrero y el amante. Estos arquetipos son contrapuestos a lo femenino y se encuentran en continuo cambio y transformación, siendo productos de las necesidades sociales, de

la socialización y se gestan en el núcleo y seno de las relaciones de género. “Como a Prometeo, a los hombres se les ha atribuido la facultad simbólica de robar el fuego a los dioses. El guerrero que vence al enemigo, el donjuán que seduce a las mujeres, el científico que dobllega a la naturaleza, el técnico que la remodela o el homus económico que calcula cuándo ama y cuándo invierte, todos los arquetipos viriles suelen hacer hincapié en manifestaciones de un poder humano sobre algo” (Bourdieu, 2000: 43).

6. El fútbol, escenario de identidad masculina o cómo el guerrero, el mago, el rey y el amante saltan al campo

El fútbol ha sido considerado como una “cosa de hombres” (Llopis-Going, 2010), un escenario social varonil, de poder y violencia masculina, donde saltan al campo los rasgos más característicos de los arquetipos clásicos de la masculinidad hegemónica. Este escenario de socialización y educación donde los varones que participan –futbolistas, entrenadores, espectadores, aficionados y medios de comunicación–, comparten una experiencia común que les permite afianzar su identidad masculina o conformar nuevas identidades.

El deporte posee un papel de vital importancia en la construcción de la identidad de género masculina desde la Revolución Industrial. En el proceso de modernización y en la nueva división sexual del trabajo, donde la mujer se incorpora a las tareas retributivas-productivas, a la vida política y social, a la actividad bélica –como sujeto y no como objeto o víctima– saltando a la esfera pública y adquiriendo capacidad de decisión y de poder, se ve cómo la identidad hegemónica masculina tradicional –descrita en las esferas de poder de Connell (1995 y 2003), los arquetipos divinos de Jung (2003) y los arquetipos clásicos de Moore y Gillete (1993)– va perdiendo la preeminencia propia del sistema patriarcal. Este deterioro condujo a gran parte de los varones a la necesidad de confeccionar espacios en los que descubrir y construir la masculinidad.

El deporte se erige como uno de esos escenarios contruidos con ese propósito: el de devolver a la masculinidad un espacio de hegemonía. La práctica deportiva posibilita qué aspectos propios de la masculinidad hegemónica –el culto al cuerpo, el ejercicio de poder y acción en la esfera pública, la constitución de grupos de pares donde exista unas normas, rituales, leyes y sentimiento de identidad grupal, la acción violenta y la posibilidad de la victoria, la lucha, las estrategias, las normas de equipo, el trabajo individual y el colectivo, el liderazgo, la transmisión de cultura y valores sociales, la rivalidad, la hegemonía y la superación, la comparación con el “otro”, la virilidad y la sexualidad heterosexual, el deseo, entre otros–, salten a la escena del fútbol, a su práctica, a su seguimiento y a su concepción mediática.

Frente a los que confirman que estamos ante el otoño de la masculinidad, éstas dinámicas sociales de reconstrucción permiten que el fútbol sea un laboratorio de la masculinidad relacionado con la heterosexualidad, la autoridad, la fuerza, la resistencia física, el valor, la superioridad, etc. Dinámicas que forman parte del proceso de socialización y conformación de la identidad masculina. Por ejemplo, en España el fútbol es inculcado a los niños desde edades muy tempranas. En algunas ocasiones el padre, como si de un ritual de iniciación se tratara, regala a su hijo o hijos la camiseta del equipo de fútbol al que él pertenece o profesa “devoción”. Este ritual a veces suele radicalizarse y se extiende en asociar al hijo o hijos, nada más nacer, al club de fútbol de pertenencia o afiliación paterna.

El ámbito del fútbol como campo de cultivo de la identidad hegemónica masculina parece ser extenso y fecundo, no sólo en los rituales de iniciación arriba mencionados y que en la mayoría de las ocasiones son de herencia patrilínea, sino en múltiples aspectos que poco a poco iremos desgranando.

Los ídolos y héroes siempre han existido, figuras que permitían guiar o influir en los comportamientos, actitudes y formas o estilos de vida de los demás, varones hazañosos, heroicos guerreros, viriles, fuertes, violentos, dominantes y, sobre todo, varones. Siguiendo con el ejemplo de la socialización de los niños españoles –y por extensión de los niños europeos y latinoamericanos–, y su fuerte conexión con el mundo del fútbol, el héroe o ídolo se traslada a la figura del futbolista, el cual se convertirá en esa persona a seguir, a fijar como posible ejemplo de futuro. Este ejercicio de exaltación e idolatría hacia la figura de un futbolista no sólo es cosa de niños, los cuales poseen todos aquellos objetos comerciales que hacen honor a su ídolo; sino que se extiende a los adultos y jóvenes, los cuales toman como ejemplo de vida adulta la vida del futbolista. El fenómeno social despertado por David Beckham o, actualmente, por Cristiano Ronaldo son ejemplos más que tangibles de la influencia de la vida y hazañas de los ídolos futbolísticos en las vidas anónimas de los seguidores.

Otro caso de idolatría hacia el jugador de fútbol es el matiz político que éste toma. En este sentido, podemos destacar la fuerza política que tiene el fútbol en la esfera pública. El ejemplo más patrio lo encontramos en el Athletic de Bilbao y su “cantera”, como representación de la identidad vasca. Pero si nos trasladamos al continente americano, nos topamos con figuras como la de Maradona, que en un periodo determinado para el gobierno de Argentina era “un idóneo elemento de distracción cuando las cosas se tornaban difíciles para el régimen. Él hacía feliz a la gente. Los romanos utilizaron el circo; nuestros militares los estadios de fútbol” (Alcalde Hernández, 2009).

Los arquetipos clásicos o tradicionales hegemónicos muestran como la masculinidad se traduce en identidad individual e identidad colectiva. Los sujetos masculinos tenderán a buscar una comunidad de referencia donde su identidad individual

esté o sea acorde a la colectiva, pero manteniendo rasgos propios o autónomos de distinción. Esta acción gregaria es más que tangible en la identidad del sujeto en el fútbol como deporte. El equipo de fútbol como balaustre, tótem, dios o marca de identidad y los hinchas (barras en Latinoamérica) o seguidores que se juntan para seguir la “batalla” simbólica, el enfrentamiento entre “su equipo” y el contrario “enemigo momentáneo”.

Un ritual que, como se ha comentado más arriba, tiene semejanzas con el ritual de la batalla: éste tiene lugar en la esfera pública –el estadio de fútbol, alrededores y los medios de comunicación–; posee un atavío o uniforme determinado y significativo –muchos de los seguidores e hinchas se disfrazan como la mascota del equipo, se visten con la camiseta del equipo, llevan bufandas o banderas, se pintan la cara con los “colores” del equipo–; se entrenan antes del evento –quedan para tomar alcohol, charlar, comer, etc.–; cantan el himno del equipo o canciones ofensivas e intimidatorias dirigidas a los seguidores del equipo contrario, siendo este un acto muy característico en el ámbito bélico; y celebran la victoria y humillan al contrario, uno de los momentos álgidos del ejercicio y exposición de la violencia en el fútbol. Dicha exposición de la violencia se plantea como desahogo de la frustración derivada de la pérdida del poder y la hegemonía masculina –caracterizada por ser violenta, agresiva y dominante– en la modernidad (Bourdieu, 2000); lo cual hace que la ira, la agresión y la pulsión violenta estalle en sus escenarios de forma, en muchas ocasiones, colectiva como es el ejemplo de la “identidad-tifosi” de los fanáticos del fútbol italiano famosos por su virulencia. Esta identidad se caracteriza por la negación del estatuto humano a los miembros-seguidores rivales, los cuales son descendidos a la condición de cosas o animales a violentar.

Los mecanismos de identidad en el fútbol son enteramente binarios, duales y en continua construcción por exclusión y comparación del “otro”. Esta construcción de uno en contraposición del otro incluye a la exclusión de aquellos que no son seguidores, aficionados, deportistas y en ocasiones varones “heterosexuales”. Por ese motivo, la afirmación “el fútbol es cosa de hombres” se materializa en la ausencia, cada vez menor, de mujeres en la esfera futbolística y de varones públicamente homosexuales.

La separación dualista, ritual y cognitiva de los individuos en el universo futbolístico incluye una serie de hipótesis: a) el fútbol realiza una división del mundo y de la realidad en enemigos y amigos simbolizados y significados correctamente en la imaginaria de la cultura de este deporte; b) el encuentro en el campo de fútbol es “el campo de batalla” de un enfrentamiento de tintes rituales entre amigos y enemigos; c) el estadio no sólo alberga a jugadores y simpatizantes, sino que construye un escenario de conmemoración ritual de carácter global –se cubre por medios de comunicación los cuales trasladan el momento a los seguidores/espectadores que están fuera del estadio

de fútbol– (Dal Lago, 1990); y d) la ceremonia del fútbol se convierte en una ceremonia pública, elemento central de la estructuración de relaciones sociales, de exposición de sentimientos y de ejercicio de la rivalidad, competitividad, agresividad y violencia, en ocasiones, “reproduciendo representaciones, códigos y estilos de vida, a veces como protección a las hostilidades de nuestro tiempo” (Máximo Pimienta, 2003).

Estos ejercicios de socialización y conformación de la identidad masculina en la cultura deportiva, concretamente en el fútbol, posee una íntima relación con la construcción de estereotipos y prejuicios sexuales. Para Kerry Collinge (1999), la cultura deportiva, en la que se socializa a una buena parte de los hombres en las sociedades avanzadas, se basa en una serie de ritos de iniciación, que les permiten validar su masculinidad, construir su identidad y les abren las puertas a ser aceptados dentro del grupo de iguales. En este proceso de socialización a través del deporte, el elemento central es el aprendizaje del estoicismo ante el dolor. Se trata de aprender a soportar el dolor, tanto físico como intelectual, sin expresar los sentimientos ante ese hecho. Por tanto, la definición de la masculinidad se consigue por represión del *self*.

Curiosamente, en esta construcción cultural, la única forma aceptable de expresión es la violencia. La masculinidad se expresa, pues, a través de la represión del *self* en todo aquello que tenga de femenino, opuesto estructuralmente a lo masculino. La mujer resulta expulsada de las áreas de dominio masculino simbólicas y reales. La violencia es barrera identitaria que escinde al hombre de la mujer. Además, en la práctica deportiva son frecuentes los contactos homoeróticos –intencionales o no– que, sin embargo, son negados y escondidos bajo una ideología homófoba y misógina. Esta represión sexual homoerótica responde al miedo a la pérdida de la virilidad, íntimamente ligado a la homosexualidad y al “no cumplimiento de las tareas maritales o reproductivas”, idea tal enraizada en la historia social y cultural de los países occidentales y orientales de tradición religiosa judeo-cristiana y musulmana. Las religiones del libro no contemplan la homosexualidad como una orientación sexual limpia y propia de un varón (McLaren, 2010), a lo que hay que añadir que estos países en su mayoría contemplan al fútbol como deporte nacional por excelencia.

La orientación sexual homoerótica y homosexual queda desterrada del perfil futbolístico a nivel público, puesto que en el caso contrario quedarían dañados los arquetipos clásicos de la masculinidad hegemónica por excelencia: el del Amante (More y Gillette, 1993) y los de Ares, Zeus-Júpiter y Apolo (Jung, 2003), que comparten rasgos tales como la actividad sexual proclive (heterosexual), el deseo (heterosexual), la belleza (heterosexual) o la paternidad entre otros, profundamente ligados a la heteronormatividad (Preciado, 2010).

Bajo estas premisas, Collinge liga la estructura cultural emanada de la práctica deportiva de los varones con la estructura social, al afirmar que las culturas deportivas homófobas y misóginas son una reacción ante la reducción general del patriarcado

en las sociedades avanzadas. Las culturas deportivas masculinas “compensan”, en un terreno en apariencia despolitizado como es el deporte, la tendencia general a una reducción de las estructuras patriarcales; proporcionando a los varones la sensación de que en ese terreno, al menos se tiene a las mujeres y a los homosexuales “en su sitio”.

En el heterosexismo del fútbol, la preeminencia viril escapa del estadio. En el mismo, el heterosexismo y el poder masculino está presente en el lenguaje verbal y corporal de carácter sexista: tocamientos de los propios genitales como signo de poder e insulto, tocamiento de los genitales ajenos como celebración, cánticos y palabras de clara connotación sexual y erótica usadas en el triunfo-derrota, desnudos femeninos de las acompañantes como ejercicio de regalo-celebración. El machismo sexista en la cultura futbolística es un hecho, pero como hemos indicado se escapa del propio campo o estadio de fútbol, trasciende al partido de fútbol proyectándose en todo aquello que tiene que ver con la o las ceremonias posteriores, así como en los espacios de comunicación e información de carácter deportivo.

En el primer caso nos encontramos con una curiosa noticia difundida en multitud de medios de comunicación españoles, es el caso de la denominada “generación Iniesta”. Nueve meses después del partido Real Madrid contra Barcelona FC el 2 de mayo de 2009 y con un resultado de 2-6 favorable al equipo catalán, los hospitales de Barcelona registraron un incremento de un 45% más de partos. La ceremonia sexual tras una victoria nos evoca a los relatos épicos donde el guerreo, tras volver de la batalla celebra sexualmente su triunfo (Nash y Tavera, 2003). En el segundo caso, nos encontramos con multitud de foros y páginas *web* sobre fútbol, equipos y aficionados que cuentan con imágenes sexistas de chicas desnudas o semidesnudas, escenas eróticas que en ocasiones rozan la pornografía. Pero no hay que irse al mundo Internet, en la prensa deportiva, algunos diarios –en papel o en su versión electrónica– incluyen un reportaje o sesión fotográfica de modelos o deportistas ligeras de ropa. Esta denotación continua de virilidad sexista es un ejemplo más de cómo la masculinidad hegemónica está activa en el mundo de la cultura futbolística. “Un gol marca el clímax ritual del encuentro como una metáfora machista de la culminación del coito” (Villena, 2003: 257).

En el ojo del huracán de cómo los arquetipos tradicionales de la masculinidad hegemónica continúan presentan en la construcción de las identidades masculinas hoy en día, concretamente en España y por extensión en Europa y América Latina, descansa en el deseo de supremacía masculina. “Mantener el timón del patriarcado” queda adherido a los rituales de violencia, física y simbólica, que se ofrecen en los estadios de fútbol. Los seguidores, espectadores, futbolistas y entrenadores compiten por prestigio, honor y últimamente también por dinero (Villena 2003); una lucha encarnizada que se orienta a derrotar al equipo contrario, conseguir la victoria y gozar de la humillación del vencido. Un ejemplo de este placer por la humillación del otro nos la encontramos en cómo los hooligans conciben la victoria únicamente a través de la violencia como ejercicio de supremacía y reconocimiento por parte del otro,

el humillado. Un rasgo característico de los grupos totalitarios que humillan al otro –considerado el débil–, para enaltecerse y sentirse superiores, triunfos que en el caso del fútbol sólo son comprendidos por los participantes del hecho futbolístico.

Tal y como se menciona más arriba, el ejercicio de la violencia es un acto ritual y de carácter simbólico. El fútbol, al ser un fenómeno que rompe con lo cotidiano social, se convierte en un ritual, cuenta con unos procesos simbólicos y significativos que permiten que los partícipes del evento dosifiquen sus actos en función del sentido que tenga lo acontecido en ese momento. La celebración del gol, el abuchear a un futbolista improductivo o del equipo contrario, el abuchear y enfrentarse a la autoridad arbitral, como ejercicio por ende propio del choque entre autoridades y rivalidad masculina, muy caracterizada en los arquetipos tradicionales, entre otros actos que no cuentan con la violencia física pero sí con la simbólica. La confrontación entre los seguidores y la autoridad tiene unos matices claros del deseo de supremacía, autoridad, hegemonía y poder sobre el otro. El llevar la razón en un arbitraje erróneo y la posibilidad de desfogue verbal hacia el árbitro o el ritual del cacheo policial a las puertas de los estadios de fútbol en busca de objetos prohibidos forman parte de ese deseo de superioridad y sublevación hacia la autoridad.

5. Conclusiones

Este artículo ha tratado de explorar las relaciones estructurales entre el deporte, en general, y el fútbol, en concreto, con la violencia. En especial las explicaciones sociológicas acerca del comportamiento de los hinchas violentos, que resultan ser mayoritariamente varones jóvenes de clases bajas. Existe, pues, un fuerte vínculo entre la masculinidad, la violencia y el fútbol, que se ha tratado de explorar utilizando los estudios sobre masculinidades. Para ello se ha utilizado el concepto de masculinidad hegemónica, que no obstante no es un hecho universal sino concreto e histórico, y se han usado los arquetipos de Moore y Gillette del guerrero, el mago, el rey y el amante para describir la masculinidad hegemónica predominante en occidente y en buena parte de las sociedades patriarcales.

Los vínculos entre la construcción de la identidad masculina, la violencia y el llamado “deporte rey” son amplios y profundos. Es necesario señalar que entre aficionados, seguidores, hinchas, jugadores de fútbol, entrenadores y espectadores nos encontramos con que el Mago, el Guerrero, el Amante y el Rey han bajado al césped del campo de fútbol. La masculinidad hegemónica ha encontrado un espacio de existencia y reconstrucción, eso sí sujeto a cambios. Tal y como hemos reiterado anteriormente, la construcción de la identidad de género se encuentra en un continuo proceso de transformación y cambio a la par del momento socio-histórico en el que tiene lugar. Ya en 1977 Andrew Tolson advertía que la identidad masculina se veía influida no solo por los arquetipos patriarcales, sino que la clase social, entre otras

influencias, era un importante elemento de configuración. La clase obrera, en el Reino Unido, junto a la clase media eran fuertemente patriarcales, si bien dentro de esta última detectaba una fracción que denominó “clase media progresista” en la cual los principios e imágenes del patriarcado eran puestos en duda en un mayor grado.

No podemos afirmar, en consecuencia, la existencia de una masculinidad monolítica, universal y enteramente inmutable. Ni siquiera podemos definir hoy en día una masculinidad hegemónica pura, pero sí podemos observar que aún existen espacios donde los rasgos propios y característicos que definen esa masculinidad y los arquetipos que de ella prenden tienen lugar en el fútbol como fenómeno social, cultural, político, económico e identitario. Si existen grupos, clases o fracciones de clases que están intentando romper esta forma de definir la masculinidad en el mundo del fútbol, es un fenómeno que está por ver. Lo que si es claro es que la cultura futbolística mantiene fuertes vínculos con las ideologías de la masculinidad más clásicas.

Bibliografía

- ALABARCES, PABLO (2000), *Peligro de gol. Estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- (Comp.) (2003), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- ALCAIDE HERNANDEZ, FRANCISCO (2009), *Fútbol, fenómeno de fenómenos*, Madrid, LID Editorial.
- ARMSTRONG, GARY (1998), *Football Hooliganism. Knowing the Score*, Oxford, Berg.
- BAYONA AZNAR, BERNARDO (2000), “Rituales de los ultras de fútbol”, en *Política y Sociedad*, 34: 155-173.
- BEAUVOIR, SIMONNE DE (2005), *El Segundo sexo*, Madrid, Cátedra.
- BOURDIEU, PIERRE (2000), *La dominación masculina*, Barcelona, Anagrama.
- CLARKE, JOHN (1973), *Football Hooliganism and the Skinheads*, Birmingham, Centre for Contemporary Cultural Studies.
- COHEN, STANLEY (Ed.) (1971), *Images of Deviance*, London, Penguin.
- COLLINGE, KERRY (1999), “Domestic Violence: Making of Breaking the Link”, en *Cultural Studies from Birmingham*, 2 (1). En línea: <http://artsweb.bham.ac.uk/bccsr/issue1/issue1.html>.
- CONNELL, RAEWYN (1995), *Gender and Power: Society, the Person, and Sexual Politics*, 2nd edition, Stanford, Stanford University Press.
- (2003), *Masculinidades*, México, Universidad Autónoma de México.
- (2010), *Gender. Polity Short Introductions*. Cambridge. Polity Press.
- COSTA, PERE-ORIOL, PÉREZ TORNERO, JOSÉ MANUEL Y TROPEA, FABIO (1996), *Tribus urbanas. El ansia de identidad juvenil: entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia*, Barcelona, Paidós.

- CRITCHER, CHAS (n.d.), *Football Since the War. A Study of Social Change and Popular Culture*, Birmingham, Centre for Contemporary Cultural Studies.
- DAL LAGO, ALESSANDRO (1990), *Descrizione di una battaglia*, Bologna, Il Mulino.
- DUNNING, ERIC (Ed.) (1971), *Sociology of Sport*, London, Cass.
- DURÁN GONZÁLEZ, JAVIER (1996), *El vandalismo en el fútbol. Una reflexión sobre la violencia en la sociedad moderna*, Madrid, Gymnos.
- ELIAS, NORBERT Y DUNNING, ERIC (1992), *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*, México, FCE.
- FINN, GERRY Y GIULIANIOTTI, RICHARD (1999), *Football Culture. Local Contest, Global Visions*, London, Frank Cass.
- GIL CALVO, ENRIQUE (1997), "Mascaradas juveniles", en *Revista de Libros*, 2: 20.
- GILMORE, DAVID (1994), *Hacerse hombre. Concepciones culturales de la masculinidad*, Barcelona, Paidós.
- GIULIANIOTTI, RICHARD (1999), *Football. A Sociology of the Global Game*, Cambridge, Polity Press.
- GUASCH, OSCAR Y VIÑUALES, OLGA (Eds.) (2003), *Sexualidades. Diversidad y control social*, Barcelona, Bellaterra.
- JUNG, CARL GUSTAV (2003), *Los arquetipos y lo inconsciente colectivo*, Madrid, Trotta.
- LLOPIS-GOIG, RAMÓN (2010), "Masculinidades Inductoras. La construcción de la masculinidad en el fútbol español", en *Sistema. Revista de Ciencias Sociales*, 217: 61-76.
- LÓPEZ HERRERIAS, JOSÉ ÁNGEL (1977), *Fútbol y sociedad*, Madrid, Indalo.
- MAFUD, JULIO (1967), *Sociología del fútbol*, Buenos Aires, Américalée.
- MARSH, PETER, ROSSER, ELIZABETH Y HARRE, ROM (1978), *The Rules of Disorder*, London, Routledge and Kegan Paul.
- MARTÍNEZ OLIVA, JESÚS (2005), *El desaliento del guerrero. Representaciones de la masculinidad en el arte en las décadas de los 80 y 90*, Murcia, CENDEAC.
- MÁXIMO PIMENTA, CARLOS ALBERTO (2003), "Torcidas organizadas de fútbol. Identidade e identificações, dimensões cotidianas", en ALABARCES, Pablo (Comp.). *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- MCLAREN, ANGUS (2010), *Impotencia: una historia cultural*, Valencia, Universidad de Valencia.
- MOORE, ROBERT Y GILLETTE, DOUGLAS (1993), *La nueva masculinidad: rey, guerrero, mago y amante*, Barcelona, Paidós.
- NASH, MARY Y TAVERA, SUSANA (2003), *Las mujeres y las guerras*, Barcelona, Icaria.
- PRECIADO, BEATRIZ (2010), *Pornotopía. Arquitectura y sexualidad en Playboy durante la guerra fría*, Barcelona, Anagrama.

- RAMÍREZ SOLÓZARNO, JUAN CARLOS (2002), *Hombres violentos. Un estudio antropológico de la violencia masculina*. México, Plaza y Valdés.
- RODRÍGUEZ MENÉNDEZ, MARÍA DEL CÁRMEN (2003), *La configuración del género en los procesos de socialización*, Oviedo, KRK.
- ROVERSI, ANTONIO (2000), “El sociólogo y el ultra. Los estudios sobre el gamberrismo en el fútbol”, en *Investigaciones en Ciencias del Deporte*, 4: 69-93.
- SEFFNER, FERNANDO (2006), “Masculinidad, bisexualidad masculina y ejercicio de poder: tentativa de comprensión, modalidades de intervención”, en CAREAGA, Gloria y CRUZ SIERRA, Salvador (Coords.), *Debates sobre masculinidades, desarrollo, políticas públicas y ciudadanía*, México, UNAM.
- SEGAL, LYNNE (1990), *Slow motion. Changing Masculinities. Changing Men*, New Brunswick, N.J, Rutgers University Press.
- SCOTT, JOAN (1990), “El género: una categoría útil para el análisis histórico. Historia y género”, en AMELANG, Nash, *Historia y género: las mujeres en la historia moderna y contemporánea*, Valencia, Alfons El Magnanim.
- TJEDER, DAVID (2009), “Las misoginias implícitas y la producción de posiciones legítimas: la teorización del dominio masculino”, en RAMÍREZ RODRÍGUEZ, Juan Carlos y URIBE VÁZQUEZ, Gloria (Coords.), *Masculinidades. El juego de género de los hombres en el que participan las mujeres*, Madrid, Plaza y Valdés.
- TOLSON, ANDREW (1977), *The Limits of Masculinity*, London, Tavistock.
- VILLENA, SERGIO (2003), “El fútbol y sus identidades. Prólogo a los estudios latinoamericanos”, en ALABARCES, Pablo (Comp.), *Futbologías. Fútbol, identidad y violencia en América Latina*, Buenos Aires, Clacso.
- WEEKS, JEFFREY (2002), “¿Héroes caídos? Todo sobre los dioses”, en CORTÉS, José Miguel, MARTÍNEZ OLIVA, Jesús, WEEKS, Jeffrey, HALBERSTAM, Judith, *Héroes Caídos. Masculinidad y representación*, Valencia, Espai D'Art Contemporani de Castelló.
- WILLIAMS, JOHN, DUNNING, ERIC Y MURPHY, PATRICK (1988), *The Roots of Football Hooliganism. An Historical and Sociological Study*, London, Routledge and Kegan Paul.
- (1989), *Hooligans Abroad. The Behaviour and Control of English Fans in Continental Europe*, London, Routledge.
- WITTIG, MONIQUE (2006), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Madrid, Egales.